



BOSQUE MEDITERRÁNEO

El corazón verde

FOTOS: J. F. MINGORANCE

TEXTO: ÁLVARO G. COLMENARES

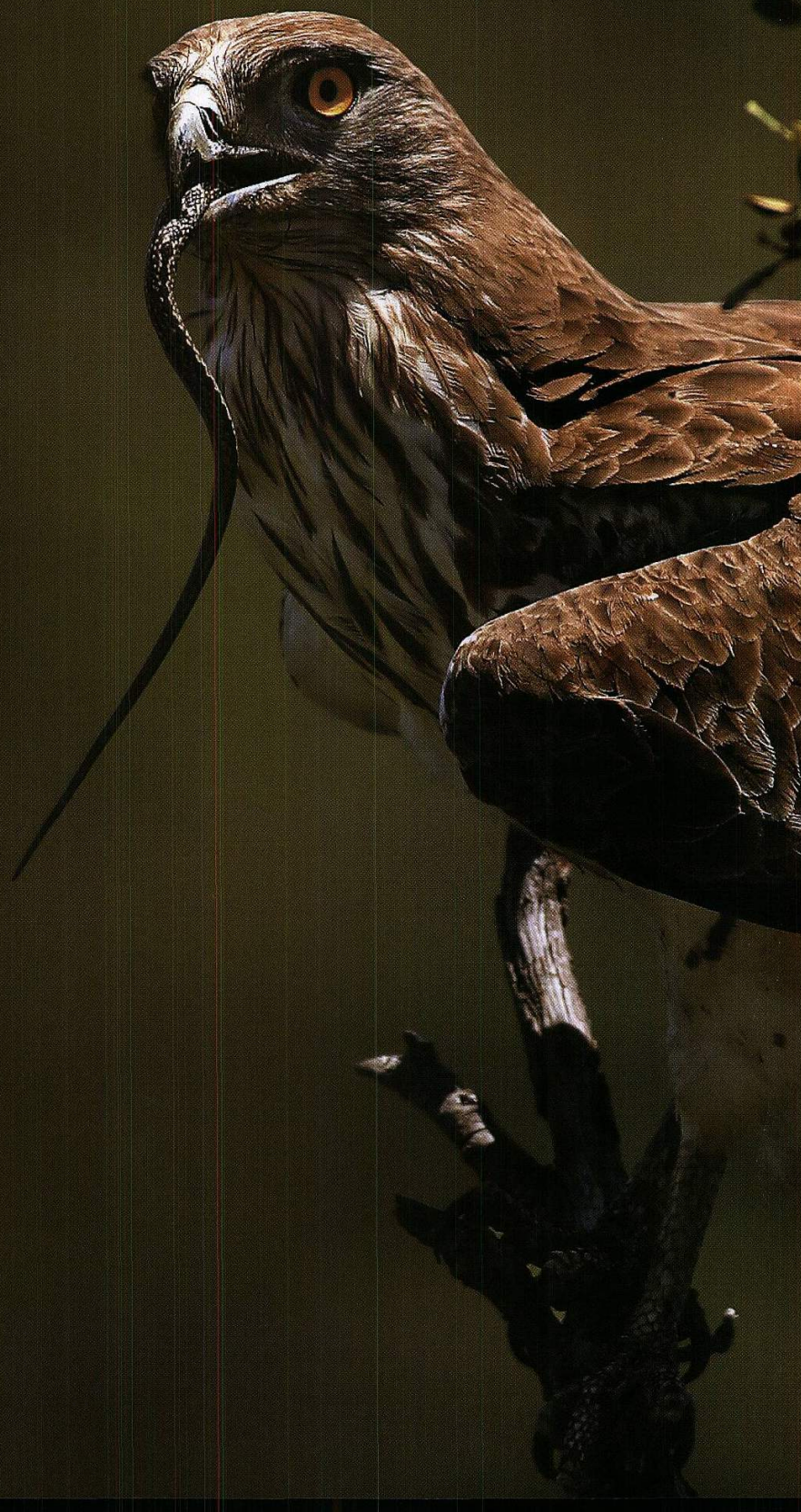
Seguramente se trate del ecosistema más representativo de la península Ibérica, amplios bosques de hoja perenne que atesoran una enorme importancia paisajística y ecológica. Así es el bosque mediterráneo.



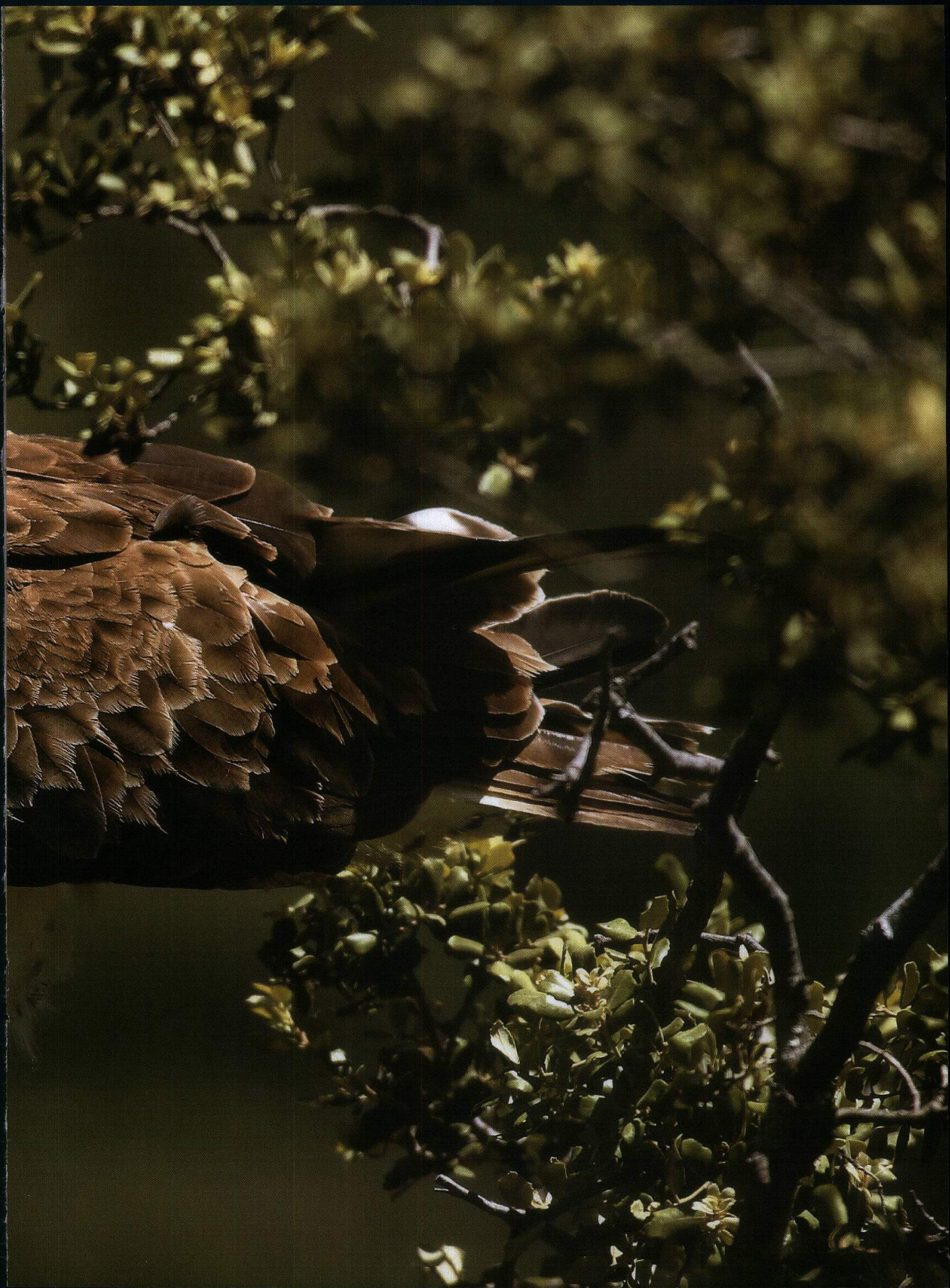


Sierra de Grazalema. Al fondo, concentración de nubes conocida en Cádiz como las *Barbas de Levante*, principal responsable de las abundantes lluvias en esta zona.

Rapaces como el buitre negro o el águila culebrera están especialmente vinculadas al bosque mediterráneo



Un ejemplar de águila culebrera (*Circaetus gallicus*) con una presa en el pico reposa sobre las ramas de una encina.





Bosque de alcornoques en plena estación primaveral.

Encinas, alcornoques y olivos son tal vez las tres especies arbóreas más representativas de este ecosistema



Parque Nacional de Monfragüe. En primer término, los vestigios del castillo.



Primer plano de un alcornoque recién des-corchado. El *Quercus suber* es uno de los emblemas del bosque mediterráneo.



**El bosque mediterráneo
es la realidad vegetal típica
de la región mediterránea,
una de las dos en
que se divide la Península**

Quejigos andaluces entre la niebla. Esta especie endémica de la sierra de Cádiz es la única capaz de decidir si se desprende o no de la hoja en función de la humedad.





El lince ibérico, el felino más amenazado del mundo, es uno de los símbolos del bosque mediterráneo.

Gran parte de la riqueza vegetal y faunística de la península Ibérica se la debemos al bosque mediterráneo

Pareja de abejarrucos comunes (*Merops apiaster*) sobre una rama.

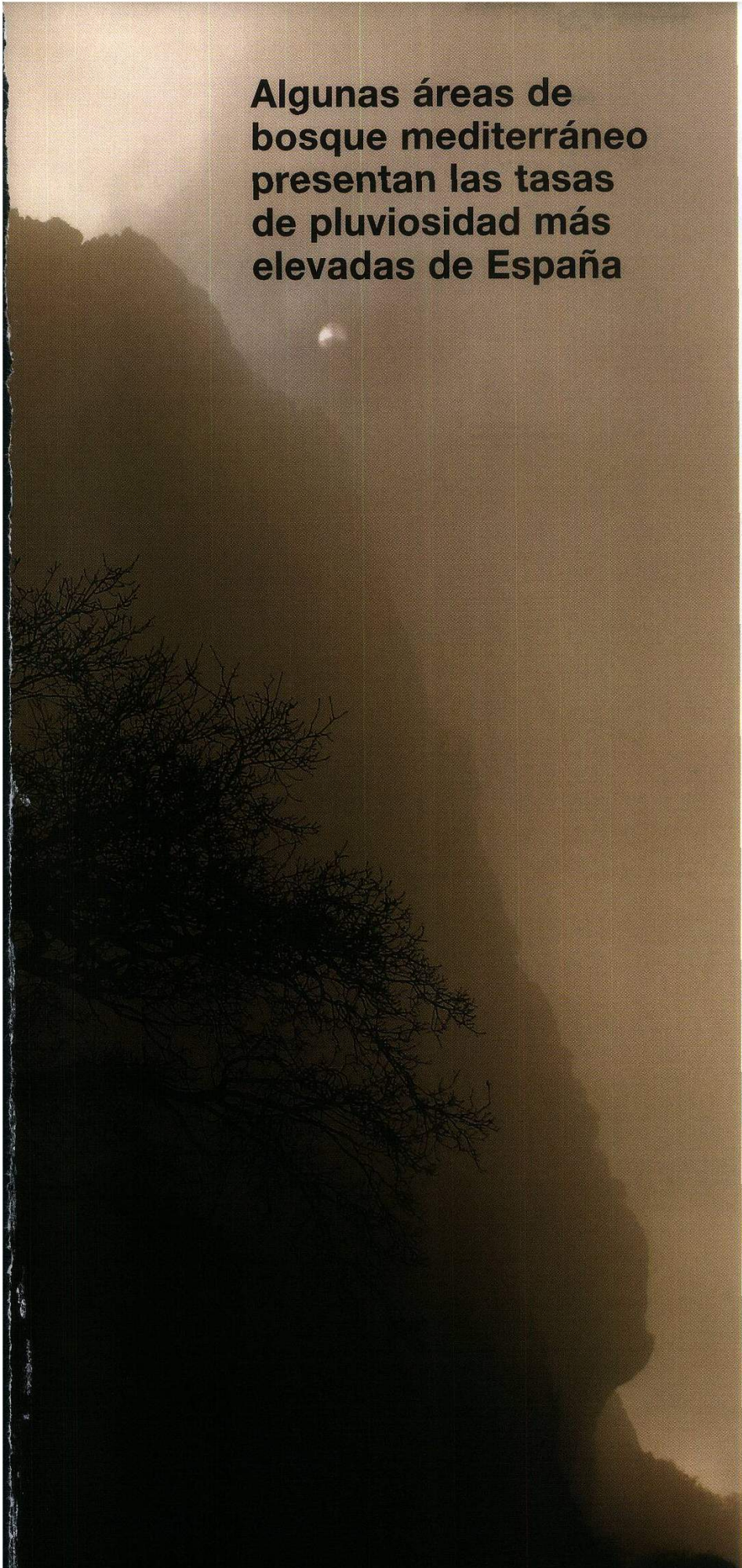


El impresionante buitre negro (*Aegypius monachus*) es una de las rapaces más vinculadas al bosque mediterráneo.





La densa niebla se
abate sobre los
quejigos en la ga-
ditana sierra de
Grazalema.



Algunas áreas de bosque mediterráneo presentan las tasas de pluviosidad más elevadas de España

Parece que este siglo ha nacido marcado por la urgente necesidad de fortalecer el compromiso con el medio ambiente y la naturaleza. El tiempo apremia y las alternativas no son muchas. Cada vez se hacen más audibles las voces de aquellos que reclaman medidas más o menos desesperadas. El sorprendente Al Gore se ha convertido en algo así como el portavoz universal del *ecomovimiento* (curiosamente, durante los años en que fue vicepresidente de Estados Unidos, su país no cesó de contribuir al deterioro progresivo del planeta). Pero no es el único. En el reciente II Congreso Nacional sobre la Conservación de la Biodiversidad se habló largo y tendido sobre la importancia pasada, presente y futura de dehesas, alcornocales y otros ecosistemas indivisiblemente vinculados al bosque mediterráneo, una realidad ante la que nosotros, los españoles, hemos de sentirnos especialmente sensibles y concienciados.

La riqueza natural de la Península

Por su situación geográfica y su climatología, la península Ibérica es un lugar absolutamente privilegiado, pues participa de dos de las grandes regiones de flora y vegetación: la región eurosiberiana (que ocupa toda la franja norte de Galicia a Pirineos), con bosques caducifolios de robles, además de fresnedas, avellanos, hayas, abetos y otras especies adaptadas a un clima caracterizado por la humedad y por la suavidad de la temporada estival) y la región mediterránea, a la que nos dedicaremos más en profundidad.

La región mediterránea ocupa, *grosso modo*, todo el resto de la península Ibérica, así como el archipiélago balear. Evidentemente, la separación entre la región mediterránea y la región eurosiberiana no puede ser absoluta, radical; existen puntos de contacto, estadios intermedios, especies que –como pueden ser la encina o el melojo, por ejemplo– más o menos se han adaptado a los dos ecosistemas.

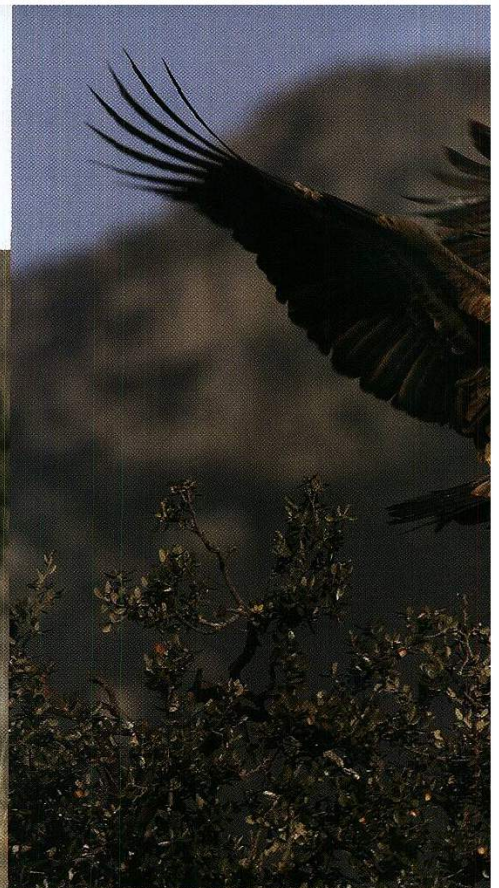
No obstante esto, la región mediterránea se caracteriza por un clima muy particular, en el que destacan los inviernos benévolos, moderados, y unos veranos calurosos, protagonizados a menudo por largas temporadas de sequía. Aunque, curiosamente, lugares como la



La dehesa es un ecosistema único, adaptación del bosque mediterráneo a las necesidades del hombre



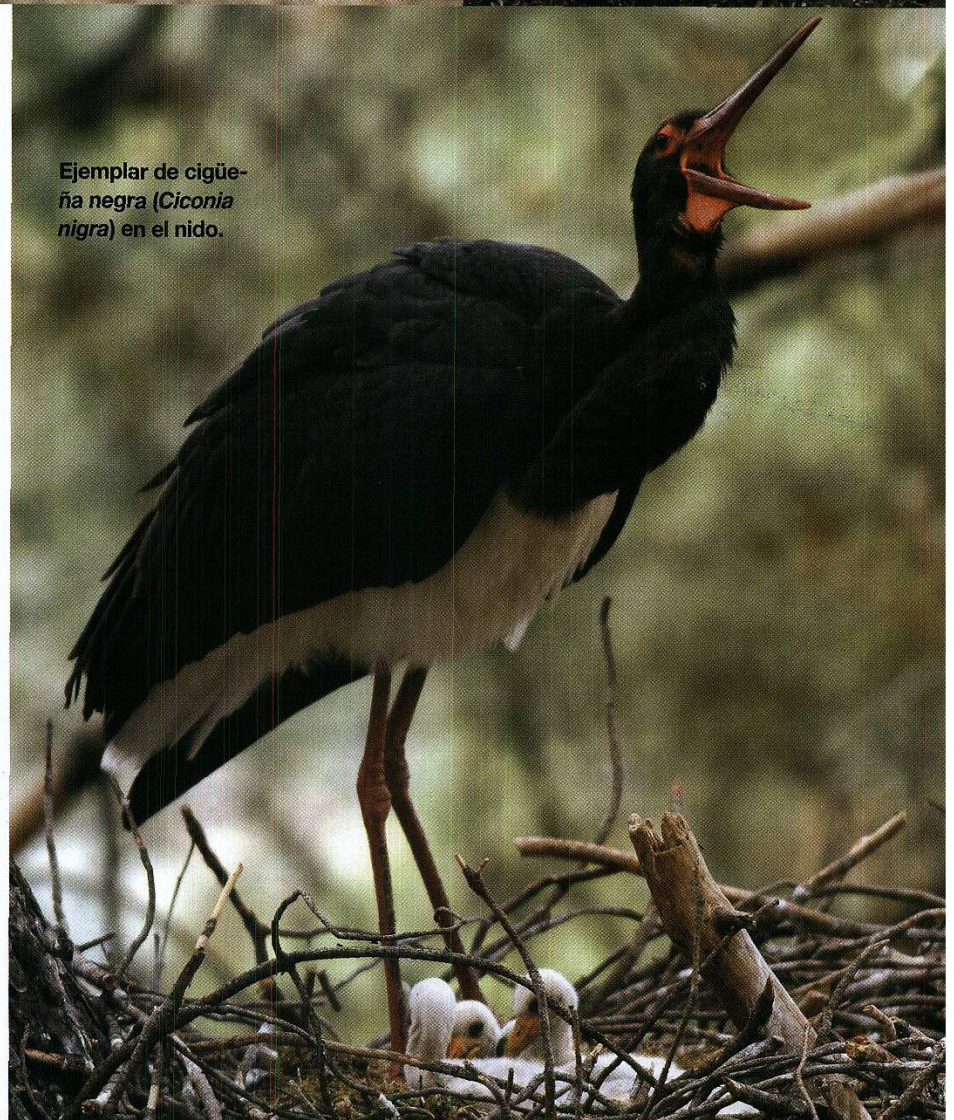
Macho de ciervo durante la época de la berrea.



gaditana sierra de Grazalema presentan los índices de pluviosidad más altos de toda la Península, superando en ocasiones los 1.500 mm.

El bosque mediterráneo es la realidad vegetal más característica de esta región. Un ecosistema único en su variedad y riqueza. Gran parte de la heterogeneidad de la naturaleza ibérica (la Península cuenta, según la Fundación Biodiversidad, con más de 10.000 especies de plantas diferentes y entre 50.000 y 60.000 especies animales) es directamente atribuible a la importancia del bosque mediterráneo.

Debido a las condiciones climáticas y la calidad de los suelos, el bosque mediterráneo se puebla básicamente de especies esclerófilas de hoja perenne. El alcornoque (*Quercus suber*) y la encina son tal vez las dos especies emblemáticas del bosque mediterráneo. Esta última es abundantísima desde el nivel del mar hasta altitudes superiores a los 1.500 metros. Tan solo falta de las áridas tierras del sudeste (Murcia, Almería), donde no encuentra condiciones óptimas para su desarrollo. Mezclada con quejigos y alcornoques, la encina ocupa más del 30% del territorio del Parque Nacional de Cabañeros. También es bastante abundante en las extensas dehesas peninsulares.



Ejemplar de cigüeña negra (*Ciconia nigra*) en el nido.



Pareja de buitres leonados (*Gyps fulvus*), la carroñera más abundante en la Península.

za mediterránea que tapizan de olores los suelos donde crecen los alcornoques, los quejigos o las encinas.

Dehesas: un ecosistema único

La dehesa es un ecosistema único y típico de la península Ibérica, el resultado de la evolución de cierta parte del bosque mediterráneo destinada a la explotación ganadera y económica por el hombre. Las dehesas, fundamentalmente pobladas de encina, tienen una importancia ecológica añadida como lugar de paso de las aves migratorias. La raña, la gran llanura de 8.000 ha que se extiende por el Parque Nacional de Cabañeros salpicada de encinas y alcornoques, es el fruto de la mano del hombre, que en los pasados años sesenta eliminó la masa forestal para dedicar el terreno al cultivo del cereal. Hoy es el ejemplo perfecto de un ecosistema único, destacado como se merece con la categoría de parque nacional.

Los parques nacionales que, como Cabañeros, Monfragüe, Doñana, o Cabrera, representan una parte del extenso patrimonio forestal mediterráneo son una de las armas fundamentales para asegurar la conservación de estos ecosistemas. Mantener en buen estado de conservación nuestros bosques mediterráneos es básico para ralentizar el proceso de desertificación que, de sur a norte, podría experimentar la península en las próximas décadas. Si se perdiera la espesa cubierta verde que proporcionan alcornocales y encinares, quejigales y acebuches, los suelos de naturaleza silíceo serían más fácilmente erosionables como consecuencia de las lluvias torrenciales y las largas sequías. Por ello, las medidas de conservación y la utilización de especies autóctonas para repoblar ciertas zonas con mayor riesgo de erosión son fundamentales para el futuro, también para el de la multitud de especies que habita el bosque mediterráneo en armoniosa relación con el entorno, desde el linco de Doñana al ciervo de Cabañeros, desde el águila real al buitre negro (*Aegypius monachus*), uno de los reyes del bosque mediterráneo, muy ligada a él, una inmensa rapaz que anida en las copas de las encinas y otros árboles de considerable tamaño (en Cabañeros tiene el buitre negro una de las zonas de cría más importantes del mundo). Especies estas y otras muchas, algunas de ellas en peligro, cuya suerte está indisolublemente unida a la de los bosques que les dan cobijo.

El alcornoque, por su parte, crece en suelos de naturaleza silíceo. Prefiere zonas algo más húmedas que la encina. Extendido por áreas de Cataluña y Menorca, es sin duda en el sudoeste donde encuentra su verdadero paraíso para desarrollarse. El alcornoque, además de conformar una de las identidades vegetales más reconocibles de Andalucía occidental y sur de Portugal, ha supuesto a lo largo de las décadas una fuente de subsistencia a través de la extracción de corcho nada desdeñable. La riqueza de los alcornocales peninsulares favorece que, en cuanto a la industria corchera, España y Portugal ocupen puestos de privilegio a nivel internacional.

Junto a las dos especies de las que hemos hablado, no podemos dejar de mencionar otras que también ayudan a conformar la morfología del bosque mediterráneo. Es el caso del quejigo, tan abundante en Andalucía, compañero habitual de encina y alcornoque. El quejigo andaluz, amante de la umbría y la humedad, se desarrolla excepcionalmente en zonas del oeste de Andalucía con gran influencia marítima. El pino carrasco (el menor de España) se ha adaptado maravillosamente a la sequía y al calor, por lo que se encuentra a menudo en laderas soleadas cerca de las costas mediterráneas, muy numeroso

especialmente en Mallorca. En menor medida, también el pino piñonero puede encontrar condiciones necesarias (humedad e influencia de vientos oceánicos) en la región mediterránea, por ejemplo en el Parque Nacional de Doñana.

El melojo y la sabina son otras dos especies relativamente habituales dentro del bosque mediterráneo. Los melojares marcan a veces la frontera vegetal entre la región mediterránea y la atlántica. Y, si hay una especie estrechamente vinculada al mundo mediterráneo desde antaño, esa es el olivo. Muy sensible al frío, este pequeño árbol en estado silvestre se desarrolla al abrigo de encinas, alcornoques y quejigos. Es frecuente en toda la mitad meridional y también en Baleares.

En las riberas de los ríos, las condiciones de humedad permiten el desarrollo de bosques de hoja caduca, fundamentalmente olmos, chopos y fresnos acompañados de pequeña vegetación ribereña (tarayes, adelfas, tamujos...).

Otra de las características del bosque mediterráneo es la presencia de un aromático sotobosque y una rica flora arbustiva. Especies como el brezo, el jaguarzo, la jara, la retama, el piorno, el romero, la mejorana, el cantueso, el madroño o el tomillo abundan en los terrenos silíceos, especies de nítida naturale-